

A veces intento recordar cómo era, cómo olía; pero no lo consigo. Cuando intento aportar nitidez a su imagen, tan solo la alejo más de mí.

Únicamente guardo un recuerdo, un recuerdo que perdura en mi mente como si fuera ayer. Ella siempre seguía la misma rutina como si de un rito nocturno se tratara. Acababa de cenar, se preparaba su café en la taza que tanto le gustaba, con una cita sobre ella, con la que nunca me llegué a identificar: "Amar la lectura es trocar horas de hastío por horas de inefable y deliciosa compañía". Mi madre siempre estaba inmersa entre las páginas de algún libro, pero siempre estaba sola, de hecho prefería estarlo; o eso creía yo.

Entonces, cogía su libro de debajo de la mesilla y se acurrucaba a mi lado a leer, intentando incitarme a entrar en ese mundo en el que se evadía a todas horas. Nunca me obligó a que leyera, al menos nunca lo oí salir de su boca. Sin embargo su mirada acusadora y acechante me inducía a pensar que era justo eso lo que buscaba que hiciera. A pesar de todo ello, nunca me decidí a coger un libro y leer más de diez páginas seguidas, simplemente no conseguía atraparme lo suficiente. Pero, de lo que nunca me cansaba era de mirarla, mirarla era un placer divino. Ver cómo una persona viaja a otro lugar sin necesidad de desplazarse y se siente bien consigo misma en soledad, es una experiencia que todo el mundo debería vivir alguna vez en su vida.

Esas noches me llenaban de energía y amor. Mi madre representaba la viva imagen de la vida; tenía tanta energía, irradiaba tal luz, que cuando la vi apagarse, creí que la oscuridad dominaría el día y la Luna se alzaría sobre el Sol. Mi conciencia simplemente no quería aceptarlo, no podía aceptarlo. Todo el mundo decía que me debía adaptar a la nueva situación para poder avanzar. Ya habían pasado once años desde el día en que mi ángel de la guarda pasó a una vida mejor dejando atrás un rastro de tragedia y soledad, y todavía sigo recordando el olor de su pelo al acurrucarse en mí y su mirada perdida entre las páginas de un buen libro. Resulta irónico que el único recuerdo que guarde de mi madre no lo comparta con ella.

Hoy es 26 de febrero, ya son once años. Debería haberlo superado.

Pero no lo he hecho.

Todos los 26 de febrero desde el día del accidente elaboro una lista con todos los recuerdos que consigo atraer a mi mente acerca de ella. Pero siempre confluyen en el

mismo punto: la lectura. Y tras once años, he llegado a la conclusión de que debo adentrarme en ese mundo que de alguna manera u otra, era parte de la vida de mi madre, para volver a estar acurrucada junto a ella en la cama donde tantos momentos compartimos.

- Papá, ¿por qué no hemos conservado ninguno de los libros que mamá leía?-pregunté con gran curiosidad.

- Hija mía, deberías saber que hay un mundo paralelo a ti y a tu ombligo donde las bibliotecas públicas son la principal fuente de literatura para las personas que, como nosotros, no pueden comprar libros porque su situación económica no se lo permite. Aunque las bibliotecas también son lugares muy peregrinados por soñadores que buscan el refugio de un lugar dominado por el olor a libro antiguo.- respondió con aire de superioridad.

- Y si no es mucha molestia, ¿a qué biblioteca solía ir mamá?- pregunté con impaciencia.

-Tu madre sin duda amaba acudir a saborear las letras que se encerraban en los libros de la Biblioteca de Castilla-La Mancha.

Rápidamente, besé a mi padre y me dispuse a dirigirme a la biblioteca mencionada por él. Había oído hablar de ella, aunque nunca le había prestado la atención que se merecía. Lo supe en cuanto llegué y la vi.

Las paredes del gran edificio se alzaban imponentes hacia lo alto del cielo, dejando a su paso una sombra que oscurecía los alrededores de la biblioteca y que te invitaba a entrar para resguardarte de esa penumbra acechante. Cuando creí haber visto toda la majestuosidad del edificio al que mi madre rendía culto, entré en el interior. Y entonces supe por qué amaba tanto pasar las horas entre esas paredes. Los libros cubrían cada uno de los escondites de las paredes, dejando entrever en sus lomos títulos de libros, que yo ya había visto pasar por mi casa en manos de mi madre. Tuve una extraña sensación al entrar a la biblioteca, me sentía como en casa, como si ya hubiese pasado aquí días y días de mi vida. Tal vez era verdad que era esta biblioteca lo que mantenía la conexión entre mi madre y yo. Tal vez era yo la que tenía que descubrir el misterioso mundo interior de mi madre. ¿Y si fuese así, podría hacerlo yo sola?

-¿Te has perdido? Parece que nunca hubieses pisado suelo sagrado.-preguntó un chico desgarbado más o menos de mi edad con un exceso claro de energía y optimismo con respecto a mi actitud.

-Bueno, en verdad...si debo decirte la verdad....

-¿Sí?

-Nunca he venido por aquí. Es más, nunca he pisado una biblioteca que yo recuerde.- contesté aliviada de poder haber dicho la verdad por fin.

La mirada amenazante del chico me acechaba, me miraba con tal rabia y, al mismo tiempo, con tal desilusión y desaprobación que me sentí empequeñecer de la vergüenza por haber reconocido públicamente no haber visitado jamás una biblioteca. Tenía dieciocho años, tampoco era tan grave no haberlo hecho aún, me quedaba mucha vida por delante. ¿No es verdad?

-¿Cómo puedes vivir 16 años de tu vida sin probar un pedazo del mismísimo paraíso? ¿Sabes lo que son las bibliotecas? Son el paraíso de cualquier lector.- me dijo ilusionado

-Pero, desgraciadamente yo no me considero lectora.

-No hace falta que lo jures. Tan solo con ver ese aire de melancolía, tristeza y aburrimiento puedo deducir que no has abierto tu mente al mundo de la imaginación. Pero no te preocupes, has llegado al lugar indicado y has dado con la persona adecuada. Yo te adentraré en este humilde e infinito mundo de posibilidades. -afirmó seguro de sí mismo.

-No estoy segura de si podré quedarme hasta muy tarde porque en fin, tengo que...

-Excusas, excusas. Tu intelecto me pertenece hasta las nueve de la noche. Y no admito segundas propuestas.-exclamó interrumpiéndome con gran aire de superioridad.

Entonces, como un alma poseída por la hiperactividad, empezó a recorrer los pasillos de aquel laberinto eterno extrayendo libros de sus aposentos sin demora. Apiló un conjunto de diez libros en una mesa cercana al estante de literatura clásica, y empezó a mostrarme títulos a la espera de que yo le dijera el tema que trataba, su importancia en la historia de la literatura o al menos el escritor. Iban pasando títulos sin resultado alguno: *Cumbres Borrascosas*, *Jane Eyre*, *El sí de las niñas*, *Don Quijote de la*

Mancha, La Celestina, Madame Bovary. Las obras se sucedían unas a otras y mi expresión de desconocimiento no variaba en ningún momento. La cara de frustración del joven era desconcertante. Entonces se levantó y pronunció un discurso que jamás olvidaré:

-Ningún lector nace siendo lector, pero pienso que todo el mundo posee en su corazón el deseo y la necesidad de leer. Esa necesidad por vivir más de una vida aunque sea entre las páginas de un libro, es lo que nos hace humanos. Ser humanos significa ante todo tener sentimientos, imaginación, deseo de aprender historias y emprender nuevas aventuras. Gracias a los libros podemos vivir la aventura que siempre hemos soñado vivir. Abrir un libro nos abre la capacidad de soñar, de imaginar, de recorrer lugares que nunca imaginamos que recorreríamos, conocer a personas que se convertirán en amigos inolvidables de tu vida y, sobre todo de abrir tu mente a puntos de vista que nunca te habrías planteado. La lectura nos une a todos, tanto a los que leen como a los que aún no lo han descubierto; porque todos tenemos el deseo de soñar, viajar y vivir. Y eso al fin y al cabo pequeño principiante, es en lo que consiste leer.

Mi corazón empezó a palpar con más fuerza, mis pupilas se dilataron y sentí que una oleada de sentimientos recorría cada poro de mi piel. Era justo lo que creía, aquel joven desconocido me había dado la clave para poder conservar el alma de mi madre. Todos estamos conectados por el deseo de soñar, el cual se encuentra reflejado en los libros. Entonces, fue justo en ese momento, cuando supe que la única manera de poder retener a mi madre en mi corazón era guardando nuestros recuerdos entre las páginas de las miles de historias que ella vivió, y que ahora compartiríamos.

Desde ese día pasé todas y cada una de las tardes inmersa en las historias que la biblioteca me ofrecía, historias que me unían cada vez más con mi madre.

Con el paso del tiempo llegué a comprender la cita que aparecía escrita sobre la taza de mi madre. Efectivamente, la lectura me permitía pasar mis momentos de soledad en total compañía, no solo rodeada de personajes inolvidables con historias inesperadas, sino junto a la persona con la que compartía todos aquellos momentos de hastío.

Una de aquellas tardes, estaba recorriendo las estanterías con mis ojos buscando cuál sería mi próximo descubrimiento cuando encontré un pequeño libro con la cubierta de color blanco y un pequeño niño sobre lo que parecía ser la Luna. Se titulaba: *El principito*. La verdad es que lo que más me llamó la atención de ese libro es que aunque

aparentemente pareciese infantil, estaba dentro de la sección de adultos. Rápidamente, lo abrí por la primera página para introducirme en lo que parecía iba a ser una gran historia; cuando de repente, una pequeña hoja de papel se deslizó por las páginas del libro hasta desplomarse en el suelo. Intrigada, recogí la hoja y mi corazón dio un vuelco. Reconocería esa escritura al otro lado del mundo. La imagen de mi madre vino a mi mente sin remedio haciendo ascender una sensación de emoción y tristeza contenida durante once duros y largos años en el fondo de mi corazón transformándose en lágrimas que se deslizaban irremediabilmente por las mejillas de mi rostro, pero dejando atrás todo ese sufrimiento que había impedido a mi sonrisa florecer entre mis mejillas. Con gran esfuerzo, pude empezar a leer la nota:

Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

Qué verdad tenía Antoine al decir estas grandes palabras que sin duda han dado sentido a mi vida. Siempre he centrado mi existencia en ser feliz, la verdad es que nunca he pretendido ser alguien importante en la historia. Nunca he intentado descubrir la cura del cáncer, o ser recordada por una gran obra maestra expuesta en el museo de Louvre. En cambio, me centré en disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Prepararme un humeante café justo antes de irme a la cama junto a lo mejor que me ha pasado en la vida, mi pequeña. Nunca llegaré a imaginar cómo una cosa tan pequeña puede significar un mundo para alguien. Leer una buena novela que me permita soñar, esa cualidad que tanto se está perdiendo en estas últimas décadas, y que tan necesaria es para la evolución de una persona. Acudir a la biblioteca, mi refugio, donde poder tomar otro de mis sueños, otro de mis pequeños placeres, que me hagan sentir todos los sentimientos que veo desvanecerse a mi alrededor.

Ahora mismo lo único que pretendo en la vida es poder transmitir a mi hija esa capacidad de soñar y de buscar su hogar en una biblioteca rodeada de historias apasionantes. Porque aunque no se pueden palpar u oler, sabemos que existen en el fondo de nuestro corazón. Al igual que el amor, que no se puede ver, ni tocar, ni oler; pero sí sentir en el fondo de nuestros corazones.

Mi corazón se había abierto del todo dejando pasar todo el amor que mi madre me había transmitido a lo largo de mi vida y que me seguía transmitiendo desde cualquier lugar, o desde cualquier historia. Esta nota me había devuelto las ganas de vivir, y sobre todo las ganas de soñar.